

socorro en favor de Roma como leemos en sus cartas y en sus repetidas quejas.

37. El Rey Luis, tercero de este nombre, ostentó su valor á pesar de sus pocos años en algunos encuentros que tuvo con los normandos en la Francia propiamente tal; y empleó estas ventajas poco comunes en inmiscuirse en el régimen eclesiástico. Elevó á la Silla episcopal de Beauvais á un clérigo llamado Odoacre, que despues de una eleccion casi forzada fue excluido de las funciones episcopales por un concilio provincial reunido en Fime (1). Ofendióse S. M. de esta exclusion, y en un asunto que debia serle muy indiferente, manifestó un empeño y entereza que desplagan generalmente los Príncipes débiles y menos cuidadosos de conservar y defender los verdaderos derechos del trono cuando se trata de sus caprichos. De suerte que llegó á pretender como lo supo el arzobispo Hincmaro por los rumores públicos, que solo se debia elegir á los vasallos que el Rey quisiese; que era dueño absoluto de los bienes eclesiásticos, y que podia darlos á quien le agradase.

Escribió el arzobispo sobre este punto al Príncipe con respeto y con toda la libertad que habia mostrado en otras muchas ocasiones. „Que seais dueño de las elecciones y de los bienes eclesiásticos, le dice, son unas máximas que solo pueden haberos sido sugeridas por el espíritu de turbulencia y de tinieblas. Traed á la memoria los discursos y la conducta de los grandes Príncipes vuestros predecesores.

(1) *Hincm. tom. 2. pag. 183. et seq.*

Acordaos de la promesa que hicisteis en el acto de vuestra consagracion, promesa firmada de vuestro propio puño y puesta sobre el altar en presencia de Dios y de los obispos. Yo he dado siempre pruebas constantes de mi celo por la gloria de vuestro reinado, y estoy resuelto á conservaros inviolablemente la fidelidad que os debo. No alijais por vuestra parte mi ancianidad, ni trateis de deshorrar mis canas pretendiendo que me aparte de las santas reglas que he seguido (gracias al cielo) en treinta y seis años de obispado.”

38. Escribió esta carta en el año 881 anterior al de la muerte de Hincmaro, cuyo obispado fue de treinta y siete años. No se contentó con escribir este valeroso anciano, sino que desplegó igual valor en la ejecución. Duró mas de un año la intrusion de Odoacre, con grande escándalo y manifiesto peligro de consecuencias mas funestas, y Hincmaro pronunció contra él la sentencia siguiente con los obispos de su provincia. „Declaramos á Odoacre escomulgado segun los cánones, y si persevera en la contumacia quede para siempre incapáz de egercer ninguna funcion sacerdotal en esta provincia, y de recibir la comunion como no sea en el articulo de la muerte por viático.” Irritóse mucho al principio la corte con esta providencia; mas el vigor episcopal sostenido por los cánones, acreditado por la virtud y defendido con constancia y sin tergiversacion, produjo en fin el efecto deseado, y se concilió la estimacion de aquellos mismos á cuyas miras se oponia, y principalmente de la posteridad que nunca ha contado á Odo-

cre entre los obispos de Beauvais. Mereció de este modo Hincmaro hasta el fin de su carrera que, á pesar de algunos rasgos propios de su genio áspero y altivo, se le mirase como uno de los mas celosos defensores de la disciplina eclesiástica, y se le tuviese siempre por uno de los mayores ornamentos de la iglesia de Francia.

39. Causa mucha admiracion en medio de su inmensa erudicion el conocimiento que tenia de las letras canónicas, pues al ver cuan familiarizado estaba con los decretos dados por los Papas y por los concilios, parece que los sabia todos de memoria. Él nos ha transmitido la noticia individual del modo con que se verificaban las elecciones en su tiempo, cuya relacion es digna de insertarse aquí. Vimos en primer lugar, que luego que espiraba un obispo, la iglesia vacante enviaba diputados al metropolitano (1). Establecia despues el arzobispo en esta iglesia un visitador elegido con aprobacion del Rey entre los obispos de la provincia. Era deber suyo activar la eleccion, y llevar ó enviar directamente el decreto al metropolitano que debía ponerle en conocimiento del Rey, y recibido el consentimiento del Príncipe señalar por medio de una circular dirigida á sus comprovinciales el dia y sitio de la consagracion. Estos venian obligados á concurrir á ella personalmente, ó á lo menos enviar un presbítero ó un diácono con sus cartas de conformidad y anuencia.

Daba principio á este acto el obispo visitador, anunciando la eleccion y leyendo en público su fór-

(1) *Sirm. Not. in tom. 8. Concilior. pag. 1866.*

mula, y haciendo despues una exhortacion á todos los que tenian derecho de votar, esto es, al clero de la ciudad, á los diputados de todos los monasterios de la diócesis y de todos los párrocos rurales, á la clase de la nobleza y á todos los ciudadanos, porque todos debian elegir al que habia de mandar á todos. En ella se procuraba inclinarlos á que eligiesen de común acuerdo y sin dejarse llevar de ninguna pasion á la persona mas instruida y virtuosa, y que estuviese libre de toda irregularidad, la cual debía ser un presbítero ó un diácono del clero secular ó regular de la iglesia vacante. Cuando en esta no se hallaba ninguno que fuese digno de la eleccion, se recurria á otra iglesia de la provincia ó tal vez de otra jurisdiccion, pero con el permiso por escrito del propio obispo. Hecha la eleccion, se formalizaba el correspondiente decreto que debian firmar todos los electores; y previa la orden del metropolitano, se le enviaba al electo con el decreto y un gran número de diputados para que diesen testimonio en nombre de toda la asamblea. La primera pregunta que les hacia el obispo era relativa á la realidad y á la libertad de la eleccion. Despues preguntaba al obispo electo cual era su patria y su condicion la que debía ser libre, la escuela en que habia estudiado, las órdenes que habia recibido y en donde, los empleos que habia egercido, y generalmente todo lo que concernia á la conducta y á las costumbres de su vida pasada; y por poco motivo que hubiese para dudar ó sospechar, se necesitaban testigos auténticos y de toda escepcion que pusiesen en claro la verdad. Tam-

poco se omitia el exámen de la fe , y así es que el electo leía públicamente su profesion y la firmaba. Para probar su capacidad se le hacia leer en algunas obras de la antigüedad eclesiástica , como la pastoral de San Gregorio , ó los cánones de Cartago , y se formaba juicio de si las entendia. Si resultaba que se habia elegido á una persona indigna , el metropolitano con sus comprovinciales reprobaba esta eleccion irregular , y nombraban otro obispo. Cuando no se habia faltado en nada á las reglas y leyes de la Iglesia , señalaba el arzobispo el dia y lugar de la consagracion , á que asistian todos los obispos de la provincia ó sus diputados ; se consagraba al nuevo obispo y se le daban las letras de su consagracion , con una instruccion acerca de las obligaciones del obispado , firmada de todos los prelados ó de los que hacian sus veces. Se vé por las que se conservan de aquellos tiempos , que los obispos estaban todavía encargados de la subsistencia de los clérigos , de las luces y ornamentos de las iglesias , del cuidado de sus edificios ó fábricas , de la hospitalidad y de los pobres , porque no se habian dividido aun los bienes eclesiásticos. En fuerza de la costumbre antigua daban tambien tropas al Rey á proporcion de las tierras y posesiones pertenecientes á sus iglesias.

40. Por este mismo tiempo , esto es , en el pontificado de Juan VIII , se arregló el título y los derechos de los cardenales de la iglesia romana , por una constitucion que aseguran existir en la biblioteca del Vaticano. Determinóse su número de setenta , destinados á terminar bajo la autoridad pontificia todas las

desavenencias de los particulares , á egeemplo de los setenta y dos jueces de Israel establecidos por Moisés para que entendiesen en los asuntos diarios del pueblo de Dios. Concluyó por último el Papa Juan su carrera y su triste pontificado , en el que podemos hacer las propias observaciones que en el reinado de la mayor parte de los gefes que carecen del vigor necesario para mandar ; pues se emplearon las amenazas y las censuras con una facilidad que solo produjo el efecto de hacerlas despreciables. Murió este Papa á 15 de Diciembre del año 882 , habiendo ocupado diez años la santa Sede que no estuvo vacante mas de ocho dias.

41. Se elevó á ella inmediatamente á Marino , segundo de este nombre , aquel antiguo legado de Constantinopla que tenia tan justos títulos para ser venerado del clero de la iglesia romana , y que era tan capaz de reparar las faltas de su predecesor. En efecto , de nada trató con mayor eficacia que de condenar solemnemente á Focio , y todo lo que se habia hecho en el conciliabuló de Constantinopla. Afirman que espidió tambien un decreto , en el que ordenaba que en adelante no se aguardasen las órdenes de los Emperadores de occidente para la eleccion de los Papas. De aquí podemos inferir que en Italia se disminuía de dia en dia la autoridad de estos Príncipes ocupadissimos con los asuntos de Alemania , y que ni estaban en estado de hacerse temer en ella ni de protegerla. Mas agúose harto pronto el regocijo que causó á la Iglesia la eleccion de Marino , pues solo ocupó este Papa la santa Sede catorce meses , muriendo á últi-

mós de Febrero del año 884. Adriano III, natural de Roma, le sucedió, y creemos que fue consagrado el primer día de Marzo del mismo año. Dos meses mas duró su pontificado que el de su predecesor, cuyo ejemplo imitó este Papa condenando á Focio.

42. Alfredo, Rey de Inglaterra, envió antes de la muerte de Marino ricas ofrendas á Roma en reconocimiento de sus prodigiosas victorias contra los normandos; y dilató su piadosa generosidad hasta la India, adonde las envió mandando que las colocasen en el lugar en que creían ya entonces que estaba el sepulcro del Apóstol Santo Tomás. No podia menos este Príncipe religioso de reconocer que debia al brazo del Omnipotente el feliz estado en que contra toda esperanza hallaba por fin los países sujetos á su dominacion; países que como todas las regiones circunvecinas, habian sido el teatro de los latrocinios y crueldades de los bárbaros durante el tiempo de su juventud y en los seis primeros años de su reinado en el territorio de Ouessex (1). Habíanse enseñoreado de todos sus estados despues de esta horrible devastacion, y se vió en la precision de ocultarse en un bosque cercado de lagunas y pantanos inaccesibles. Carecieron de otra habitacion por espacio de seis meses él y la Reina su muger, que la cabaña de un pastor fiel; ni tuvieron otro recurso para alimentarse ellos y su familia que la pesca que les suministraban las aguas de que estaban rodeados (2). Y habiéndolas helado el frio, veíase el Rey precisado á enviar su gente á gran distancia á que buscasen algun pescado ó

(1) *Vuill. Malmesh. p. 24.* (2) *Alfred. Vit. per Asser. p. 9.*

caza arrostrando los mayores peligros. Un dia que se quedó solo con la Reina, y procuraba divertir su tristeza con la lectura, llamó un pobre á la puerta y pidió limosna. ¿Qué teneis que darle, dijo el caritativo Alfredo clavando los ojos en la Reina? Respondió ésta que no les quedaba mas que un pan. „¡Bendito sea Dios, dijo el Rey! El que con cinco panes alimentó á cinco mil hombres, puede hacer muy bien que tengamos bastante con medio pan. Dad el otro medio á ese pobre.” Llegaron de allí á un corto rato los que habian salido á buscar de comer, y presentaron tan gran cantidad de peces que hubieran bastado, dicen los historiadores de aquel tiempo, para alimentar á un ejército.

Supo despues Alfredo, que á pesar del infeliz estado en que se hallaba, se habian esforzado algunos ingleses y obrado prodigios de valor; que habia quedado muerto el dinamarqués Hubba, autor del martirio de San Edmundo; y que se habia cogido el cuervo que servia de estandarte á los idólatras, al que atribuían una virtud mágica en que consistia su mayor confianza. Salió, pues, de la choza donde se habia refugiado, reunió sus tropas que estaban dispersas, y acometió de repente á los bárbaros logrando una victoria completa. Los que pudieron evitar la muerte se encerraron en una fortaleza, donde los sitió y los obligó á rendirse con las condiciones que quiso imponerles. Mandó salir de la isla á los que rehusaron abandonar la idolatría, y dió varias tierras á los que abrazaron el cristianismo con su Rey Guthrum. Volvió por este medio á poblar los dos reinos de Estan-

gle y de Northumberland que habian quedado casi desiertos con las irrupciones de los bárbaros, por estar mas espuestos á ellas que ningun otro pais. Estableció en ellos á los dinamarqueses convertidos junto con su Rey, de quien fue padrino y le llamó Edeltan. Para civilizar con mas facilidad á estos cristianos nuevos, les dió leyes de acuerdo con el Príncipe normando. Diólas tambien á los ingleses indígenas, obrando en esto con tanto acierto que es considerado como el principal legislador de la nacion en aquellos tiempos antiguos. Sin embargo, en la coleccion que tenemos de estas leyes dice, que las tomó de otras mas antiguas de Ina, Rey de Ouessex, de Offa, Rey de los mercenses, y aun de Ethelberto, primer Rey cristiano de Inglaterra. Consiguio Alfredo el renombre de Grande por su legislacion y por sus victorias.

43. No logró la Francia iguales ventajas contra los bárbaros, bajo el gobierno de unos Soberanos que tan poco se parecian á este grande hombre. No haríamos mas que poner á la vista unas mismas imágenes, si nos empeñásemos en pintar todas las calamidades de la Iglesia y del estado en los tiempos de la decadencia del poder y de la familia de Carlo-Magno. La debilidad de estos Príncipes los constituía en estado de no poder socorrer á la Italia, asolada no menos por los musulmanes de África que el resto del imperio francés por los idólatras del Norte. Y aun era mucho mas desastroso el desorden que reinaba en las regiones meridionales, porque los sarracenos solian tener allí correspondencias secretas con algunos magnates inquietos y tal vez con los obispos. Confia-

dos de este modo en la amistad y alianza de Atanasio de Nápoles, llamado el Mozo para distinguirlo del Santo de este nombre, que era su tio y predecesor, llevaron á sangre y fuego el territorio de Benevento, de Spoleto y de Roma, sin exceptuar á los monasterios ni á las iglesias. Pasaron á cuchillo á los monges de San Vicente de Vulturno, quedando el monasterio reducido á cenizas (1). Tuvo la misma suerte la abadía de Monte-Casino, que habia resistido á los infieles en tiempo del abad Bassacio, predecesor de Berthier, que estaba al frente de ella al tiempo de la segunda invasion. Acababa este último de fortificar el monasterio superior con murallas y torres que formaban una fortaleza respetable; y al rededor del monasterio de abajo habia principado á levantar una ciudad, con la que al parecer quedaba libre de todo insulto. Pero no valió la resistencia contra el furor y codicia de los árabes, que violentaron y robaron todos estos asilos. Murió á sus manos el abad Berthier con un gran número de monges, y los que consiguieron fugarse se retiraron con sus escrituras á una casa religiosa ó priorato, fundado mucho tiempo antes en Theano en honor de San Benito. Las victorias de los sarracenos y las riquezas de que se apoderaron, enardecieron mucho su arrojo, y Roma quedó mas espuesta que nunca á sufrir los efectos de su audacia. El santo Pontífice Adriano se estremeció al considerar el riesgo en que estaba este santuario de la Religion, y pidió socorro á los Príncipes franceses, resolviendo para interesarlos mas eficazmente el ponerse en

(2) *Chron. S. Vinc. et Cassin.*

camino con el objeto de hablar por sí mismo sobre este asunto al Emperador Cárlos el Craso. Mas espiró en el viage el dia 20 de Julio del año 885, siendo enterrado en la abadía de Nonantula, en donde le honran y veneran como Santo.

44. Colocaron el dia 25 del mismo mes en su lugar á Estévan V, tambien Romano, presbítero del título de los cuatro-Coronados, de familia noble, y de un egemplar desinterés (1). Opúsose con todas sus fuerzas á su elevación, de suerte que para llevarle al trono pontificio fue necesario romper las puertas de su casa donde se habia encerrado, y desde la que daba voces diciendo que era indigno del honor que le dispensaban. Mas sus gritos aumentaron el empeño que tenían de conducirle al palacio pontificio. Parecia que aprobaba el cielo esta elección, porque antes de llegar al palacio de Letran cayó súbitamente una lluvia copiosa que aminoró en gran manera los males causados por una larga sequía. Afligiendo á los habitantes una multitud estraordinaria de langostas que assolaban el pais, se puso el Pontífice en oración, bendijo una porción de agua, la mandó distribuir entre el pueblo, y no tornó á aparecer ninguno de aquellos insectos por los sitios por donde echaron agua bendita. La caridad y la piedad eran las virtudes que mas resplandecian en este Pontífice. Alimentaba á los huérfanos como si fuesen hijos suyos, y nunca se ponía á comer sin tener algunos de ellos á la mesa. Estaban disipados casi todos los bienes de la Iglesia cuando se verificó su exaltación al pontificado, y distribuyó li-

(1) *Anast. in Steph. V.*

beralmente su rico patrimonio. Celebraba misa todos los dias, y dedicaba á la oración ó al rezo de los salmos todo el tiempo que le dejaban libre las funciones de la caridad y de la solicitud pastoral. Dedicóse principalmente á buscar los hombres mas ilustres y virtuosos para contar con ellos en el gobierno de la Iglesia.

45. Habia conocido ya antes de sentarse en la Silla apostólica cuan necesario era este socorro. Dirigió el Emperador de oriente al Papa Adriano varias cartas que llegaron á Roma después de su fallecimiento. No desistia Basilio del proyecto de que los sucesores de San Pedro aprobasen el restablecimiento de Focio; y con una violencia que era muy agena de su carácter, se esplicaba del modo mas indecente contra los Papas Adriano y Marino. En la respuesta que dió Estévan á este Príncipe, procuró reducirle á su moderación natural, y darle á entender los límites respectivos de la potestad eclesiástica y de la temporal. Pero por una fatalidad semejante á la de las primeras cartas, no llegó la respuesta á Constantinopla hasta después del primer dia de Marzo del año 886, en que Basilio, llamado el Armenio, murió de resultas de una herida que le habia hecho un ciervo en la caza. Era un Príncipe digno de los mejores tiempos del imperio, al que hizo respetable en medio de su decadencia, protegiendo á la Iglesia y honrando á los eclesiásticos en todos tiempos; estaba dotado de una prudencia rara y de una virtud que tenia pocos egemplares en el trono que ocupaba; en una palabra, seria irreprochable si no hubiera encontrado en Focio,